

# UN FÚTBOL SIN RACISMO

*Escrito por Javier Díaz-Albertini Figueras\**

Hace trece años un jugador del equipo argentino Quilmes fue detenido al final de un partido en Brasil por lanzar insultos racistas (*negro, mono*) contra un jugador del Sao Paulo. Fue una de las primeras veces que se tomaba acción policial y judicial por el uso de expresiones racistas durante un encuentro. La prensa argentina lo excusó indicando que *negro* era un mote familiar en su país, que el agravio provenía de un jugador en cuya cultura era usual tratarse a insultos e, inclusive, Daniel Passarella —entonces entrenador del Corinthians— afirmó que “... (N)o se justifica la severa respuesta contra el jugador, cuando se sabe que en el calor de un partido suelen suceder este tipo de enfrentamientos”.

Desde el 2001, con la Resolución de Buenos Aires, la FIFA comenzó a tomar acciones concertadas contra el racismo en las canchas (jugadores) y los estadios (asistentes) del mundo, especialmente en Europa. Al ampliarse como deporte en todo el mundo, con el tiempo habían empezado a surgir en el fútbol jugadores talentosos de una gran diversidad de nacionalidades y etnias. Las ligas más competitivas del mundo los contrataban y muchas selecciones, en forma paulatina, dejaron de ser exclusivamente caucásicas. Por ejemplo, la mayoría de los equipos de la Premier League incorporó a jugadores de descendencia africana durante los años 70 y 80. Al mismo tiempo, sin embargo, aumentaron las muestras de racismo contra los jugadores rivales en las canchas y las tribunas.

¿Son racistas los comentarios realizados en el “calor de un partido”, o simplemente son un insulto más, como burlarse de algún aspecto físico o mofarse de un acento o nacionalidad?

Una opinión extendida entre muchos futboleros es que insultar a alguien sobre la base del color de su piel no es racismo, sino una faceta más de los conflictos normales que se generan entre competidores. Al enfrentarse dos equipos y sus respectivos hinchas, buscan mostrar superioridad “bajando” al contrincante por diversos medios: ruidos, banderolas, cánticos, gritos, insultos, burlas, entre otros. Se considera una victoria si el otro se molesta. En buen criollo, “el que se pica pierde”.

Bajo esta visión, recién se comete racismo cuando el color de piel u otro aspecto del fenotipo es utilizado para discriminar. Al decir de un hincha de Universitario de Deportes, reaccionando al caso de la sanción al jugador del Quilmes:

...llamar negro a alguien o proferir insultos de corte racial si no vienen acompañados con marginación, despropósito e injusticia no tienen nada de racismo y solo son parte de la misma convivencia donde hay razas para todos los gustos y ninguna de ellas merece protección lingüística especial... (página de la Asociación de Hinchas de Universitario de Deportes Internet – AHUNET)

Lo que el citado hincha no quiere entender, sin embargo, es que el lenguaje racista en sí se convierte en un poderoso instrumento de discriminación, porque ya establece una jerarquía sobre una supuesta base biológica. La palabra *raza* no es neutra, como podría ser —en un contexto general— hablar de un color: negro, amarillo, blanco, marrón. Por el contrario, está dando a entender que, por ese color de piel, la persona es inferior o superior.

No nos debe extrañar, entonces, que buena parte de los incidentes racistas contra los jugadores afrodescendientes se expresen con ruidos simiescos. Esto es lo que pasó en el partido del Real Garcilaso contra Cruzeiro en el 2014 por la Copa Libertadores. La hinchada del equipo peruano hacía sonidos de monos cada vez que el jugador brasileño Tinga tocaba la pelota. Al final, el equipo fue multado por la CONMEBOL. Pero ni así aprendieron, porque poco tiempo después, en los afiches donde se anunciaba un partido contra Alianza Lima, representaron al equipo limeño con un mono.

Es necesario entender que el establecimiento de diferencias raciales siempre se traduce en formas de discriminación. Esto sucede porque la mayoría de **los incidentes discriminatorios no ocurren en forma pública**, como podría ser impedir el ingreso a un cine o restaurante. **Por el contrario, suceden en miles de decisiones personales y organizacionales que se toman sobre la base de los estereotipos racistas propiciados por muchos medios, pero especialmente por el lenguaje.**

En recientes estudios sobre la discriminación en el Perú se hace evidente este doble discurso. Por un lado, se profesa no ser racista (discurso público), pero por el otro (discurso privado),

el racismo se manifiesta en cuestiones concretas como en el reclutamiento de empleados, la selección para trabajar en los medios masivos o el modelaje, las diferencias en las remuneraciones y muchos otros casos más. En una de estas investigaciones, por ejemplo, ejecutivos de grandes empresas decían no ser racistas, pero afirmaban que el cliente peruano sí lo era. Por ende, para vender más debían seguir adelante con los prejuicios raciales.

Por esta razón preocupa que, en setiembre del año pasado, la FIFA haya disuelto su grupo especial contra el racismo por considerar que ya “había cumplido sus objetivos”. No obstante, en el país anfitrión del Mundial se presentaron casi 90 denuncias por racismo durante la temporada 2016–2017. Además, hace solo dos meses, en un partido amistoso, los hinchas rusos arremetieron con cánticos e insultos racistas contra algunos jugadores de la selección francesa. Este comportamiento no se ha repetido en el Mundial de parte de Rusia, pero sí de los aficionados australianos, quienes buscaron incomodar a la selección peruana emitiendo ruidos simiescos cuando Luis Advíncula tomaba el balón.

Dado que el fútbol llega a una buena parte de la población mundial y que es especialmente apreciado por niños y jóvenes, debe convertirse en una escuela de formación de los derechos humanos. No es que se exija una “protección lingüística especial”, sino la promoción y defensa de un lenguaje inclusivo que aliente el trato democrático y la igualdad.



*Creado por Freepik*